

«LA NARIZ», DE NICOLAI GOGOL:
UNA INTERPRETACIÓN BASADA EN EL SIMBOLISMO ONÍRICO
Y LA TEOLOGÍA DEL MAL

por
Marcelo Herrera

Introducción

Nicolai Gogol escribió la primera versión de su *nouvelle* «La Nariz» como si se tratara del relato de un sueño, una pesadilla perteneciente al asesor colegiado Kovaliov. En dicha redacción inicial, Kovaliov soñaba que su propia nariz había desaparecido de su rostro, cobrando existencia autónoma.¹ El relato de esta pesadilla en primera persona por parte de Kovaliov, al despertar, constituía la trama de la *nouvelle*. En la versión definitiva, Gogol renuncia a presentar claramente el relato como un sueño. El teólogo Evdokimov entiende que lo hace para sorprender al lector.

Aún cuando convengamos en que esta modificación eleva notablemente la belleza estética de la narración —y es una de las razones que hacen de Gogol un precursor del surrealismo—, creemos que la aplicación sistemática de algunos recursos metodológicos para el análisis de los sueños puede ser muy fructífera en la interpretación de «La Nariz», porque es susceptible de destacar elementos fundamentales que nos permitirán un acercamiento hermenéutico más profundo a la significación esencial de la obra.

La ironía gogoliana se ha ocupado de añadir varias intervenciones del narrador tendientes a dar cierta “verosimilitud” al relato (aún aceptando la voz narrativa, hacia el final, que todo en él es muy extraño, inverosímil, *sobrenatural*, ridículo, violento y hasta feo). También nos presenta algunas preguntas y pseudocomprobaciones de Kovaliov respecto de si está o no soñando, todas las cuales no terminan de definir claramente si nos encontramos, o no, ante un sueño. Y esto es

parte de la belleza del relato, y de su significación. Porque a pesar de más de cien años de psicoanálisis, y de toda la tradición secular de la interpretación onírica, estamos acostumbrados a no dar el mismo valor a los sueños que a los “hechos reales”, en especial si dichos sueños tienen algo de ridículo o absurdo, lo cual, como dice Freud, repugna particularmente a la mente consciente. Gogol nos dice, contradiciendo irónicamente al dependiente del Departamento de Publicidad, que no hay en este relato nada que reporte utilidad a la patria o a la instrucción pública. Pero sabemos que la negación enfática de un hecho, en psicología, suele ser una forma de confirmación de la verdad opuesta. En la misma dirección intencional, el hecho de que Gogol sitúe el relato en el marco de lo que *podría* suceder, contribuye a que el lector no lo tome como un *mero* sueño, y la narración corra entonces la triste suerte de otras del autor en la Rusia de entonces: ser tomada como un relato humorístico, destinado a hacer reír al lector con las burlas a Kovaliov y a los de su clase. El narrador mismo, por si todavía nos quedaran dudas, nos lo advierte casi al final del relato: “Y, no obstante, pensándolo bien, algo debe haber en todo esto”.

Sí, pensándolo bien, algo debe de haber en todo esto. Algo que no ha sido expresado más que veladamente en la trama del relato, algo secreto, que un análisis detenido nos ayudará, quizás, a poder desentrañar. “¿Quién podría determinar qué partes de nosotros mismos viven únicamente en virtud de ideas que nunca fueron expresadas?”, se pregunta Maeterlinck en su in-

roducción a *Los Fragmentos*, de Novalis.² “Un sueño que no ha sido comprendido es como una carta que no ha sido abierta”, cita Fromm a partir del Talmud, en *El lenguaje olvidado*. Sí, pensándolo bien, puede que haya algo en todo esto sobre lo que debamos pensar.

Si hay algo secreto, es que hay algo que debe ser dado a luz. Y según nos señala Gadamer, pensar es mostrar y hacer que algo se muestre.³ Esta *nouvelle*, entonces, nos da algo que pensar. Algo en lo que debemos, pausadamente, demorarnos. Y si pensar, como nos deja sentir asimismo Gadamer —recordando a Heidegger— es volver a reflexionar sobre lo que sabemos, detengámonos en lo que hasta ahora parece que sabemos. Vamos a detenernos, pensativos, para observar sin prisa las múltiples asociaciones simbólicas que surgen de las imágenes del relato. De esta manera nos será dado comprobar si esta rémora, está pausa en el tiempo para volver a mirar lo aparentemente conocido, nos sorprende y nos deja captar algo del sabor de lo que es, aún, desconocido. “¿Sabe pues, a nosotros, el espacio del universo en que nos disolvemos?”, se interroga Rilke en su primera Elegía. ¿Podremos nosotros captar algo de eso que del alma de Gogol se ha disuelto en sus palabras, desconocido, y que quizás pueda ser destilado de la trama de su relato?

Eso desconocido que puede serlo aún para el mismo autor. Porque si vamos a tomar la decisión metodológica de analizar la *nouvelle* como un sueño, estamos haciendo en ese acto varias asunciones. La primera es que el relato contiene una significación profunda, velada por su carácter absurdo. El absurdo en sí mismo nos debe hacer pensar, según estima Freud, que existe la idea de contradicción, injuria o burla bajo el ropaje de la trama onírica⁴ (o, en este caso, literaria). La segunda es que, como en la producción de un sueño, en la creación literaria interviene sólo parcialmente la voluntad del sujeto creador. *No sabemos parte de lo que decimos cuando decimos*. En otras palabras, *decimos a pesar nuestro*. Y esto nos legitima para interpretar la obra en sí

misma, más allá de la intencionalidad consciente de su autor.

El límite de esa atribución que nos otorgamos será la honestidad intelectual de exigirnos que nuestra interpretación se sustente en elementos del texto mismo, y permita descubrir un tejido coherente entre ellos.

El error metodológico más frecuente de muchos trabajos hermenéutico-críticos, como por lo demás de muchas interpretaciones oníricas, es tomar sólo una parte de los elementos de la trama textual o del sueño, e hipertrofiar con ellos una interpretación parcial que se sustenta únicamente a partir de ellos, pero que no da cuenta de otros muchos aspectos que también aparecen en la escena onírico-literaria; a veces casi mudos, pero por eso mismo sumamente significativos. Esta es, en parte, la razón de las limitaciones que debemos atribuir a la interpretación realizada por el Profesor Evdokimov. En este trabajo intentaremos evitar este sesgo mediante la consideración atenta de todos los elementos, y en especial de todas las ironías.

El segundo problema metodológico en la interpretación de un sueño, ya señalado por Freud, es sustituir las asociaciones del paciente por una interpretación simbólica en base a una clave única, de carácter casi alegórico (ej.: rey y reina = padres), olvidando la polisemia y a veces la ambivalencia inherente a todo símbolo. Dado que no tenemos la posibilidad de dialogar con el autor —lo que no necesariamente nos depararía mayores elementos— nuestro modo de suplir esta supuesta falencia metodológica será: primero, interrogar al propio texto disponiendo de todas las significaciones de sus símbolos más importantes, al menos todas aquellas de las que podamos dar cuenta, y evitando una restricción interpretativa unilateral; y en segundo término, seguir todas las cadenas de asociaciones libres que puedan partir desde un símbolo, desde una palabra repetida varias veces, o desde la etimología de una palabra —aún las cadenas aparentemente menos significativas—, siempre que nos lleven a una mejor inteligencia de la trama ideológica del texto.

En este sentido, procederemos como en la interpretación onírica, sustituyendo lentamente el *contenido manifiesto* del sueño (en este caso el texto en sí mismo) por las *ideas latentes* que lo fundan, esto es, el acervo de ideas que Gogol, con mayor o menor consciencia, plasmó en su creación. Por lo tanto, nuestro análisis será una hermenéutica en el sentido etimológico de traducción o interpretación, que correrá en sentido inverso al de la creación, equivalente en este caso a la elaboración o producción de un sueño. Pero también nuestra hermenéutica será, inevitablemente, creación: creación de sentido.

Dos señalamientos más son importantes antes de comenzar esta labor.

Por una parte, la interpretación que proponemos de «La Nariz», en especial debido a que cuestionará algunas asunciones realizadas por Evdokimov, no se limitará de ningún modo a señalar la líneas de fuerza ideológicas de dicho relato en términos puramente psicológicos. Y esto no sólo para evitar reduccionismos absurdos, sino porque la obra posee un poderoso contenido teológico que no podemos descuidar. Siendo la psicología, en su original y verdadera raíz etimológica, el estudio del alma humana —y no meramente del intelecto y las pasiones, o de las pulsiones y defensas—, su estudio no debería estar —aunque lo esté con mucha frecuencia— divorciado de una profunda inserción en el marco antropológico, filosófico, y teológico. Es por eso que, además de un señalamiento de sus principales símbolos, y de las ideas que aparecen una y otra vez repetidas en diversas formas, esbozaremos también, antes de comenzar a proponer nuestra interpretación del texto, la realizada por Evdokimov desde el punto de vista teológico, las de otros autores, y un breve resumen de la teología católica del mal, que nos parece absolutamente esencial para comprender esta *nouvelle*.

En segundo término, dado que el relato se divide en dos fragmentos iniciales que pueden tomarse como dos sueños diferentes, y un tercero que puede interpretarse como un despertar en el cual el soñante —Kovaliov, el hombre trivial

por excelencia— no ha comprendido el mensaje de su sueño, nos quedaban dos caminos para realizar nuestra labor. O debíamos tomar el primer sueño como perteneciente al barbero Iván Yákovlevich, y el segundo a Kovaliov, o por el contrario, entender que se trata de dos sueños de una misma noche pertenecientes al propio Kovaliov. Hemos elegido arbitrariamente la segunda de estas posibilidades, aunque la primera también hubiera resultado útil. Nos hemos guiado por la idea freudiana de que los sueños que se suceden en el término de una misma noche, y a veces de varios días, poseen un acervo ideológico común y representan, con distintos ropajes, la misma trama de ideas.

La visión de Evdokimov: la nariz como símbolo del anticristo

Resumamos breve pero fielmente las principales ideas de la interpretación que ha dado a este relato, y al significado de la nariz, el teólogo Paul Evdokimov.⁵ Lo haremos señalando al mismo tiempo algunas puntualizaciones críticas que nos permitirán adelantar la dirección de nuestra revisión, así como abreviar luego el planteo completo de la misma.

Comienza el Profesor Evdokimov los fundamentos de su análisis con lo que llama una definición del mal por San Gregorio de Nisa, a quien cita textualmente. El mal sería “este sueño que suscitan en el intelecto los cantos mentirosos de la grandeza, de la posesión, de los placeres, de todo aquello que es perseguido estúpidamente por los hombres superficiales, víctimas de su imaginación; todas estas cosas se derrumban con la naturaleza efímera del tiempo, no tienen otro ser que la apariencia”. Es claro que esta no es una definición del mal, que sí daremos más adelante por el mismo San Gregorio. En todo caso es una descripción de la futilidad de algunos deseos, ciertamente teñida de un carácter ascético acentuado, ya que por sí mismo ningún bien creado es definible como malo: en todo caso puede serlo la voluntad que lo absolutiza. Y aún en esa situación, no es en sí la voluntad misma el mal;

es el desvío de la voluntad a causa de la falta de discernimiento. *Es en esa falta, en esa privación de la correcta valoración de las cosas donde debemos ver el mal, no en las cosas mismas.* Señala Evdokimov que “estas cosas no tienen consistencia a pesar de su existencia palpable, ni tienen otra existencia que la que nuestra apreciación les atribuye”. Esto es claro idealismo y platonismo, siempre mezclados en la teología católica —de la que tanto se alejan en el fondo—. Las cosas sí tienen existencia y consistencia en Dios, y son buenas en sí mismas, *pero es cierto que nosotros podemos atribuirles valores distintos de los que realmente tienen, por desviación de la comprensión y de la voluntad.* Retengamos esta idea porque es esencial para comprender esto: *la nariz simboliza cosas muy diferentes según la posición subjetiva del sujeto que la observa, es decir, según sea vista y significada por el narrador o por el asesor Kovaliov, el personaje.* El carácter ambivalente de este símbolo, según cuál sea la mirada significativa del mismo, así como la ambivalencia de otros símbolos basada en esta misma *doble mirada*, es *clave* en la interpretación del relato.

La anterior definición de San Gregorio de Nisa es propiamente una descripción de la seducción engañosa, *no de la naturaleza del mal.* Más adelante volveremos sobre esto.

A continuación, señala Evdokimov que “el hombre es víctima de un gigantesco engaño donde es a la vez autor y actor, al punto de otorgar el «ser» al «no ser» que lo parasita y victimiza”. Esto es muy interesante. No otra cosa es un sueño o un texto literario que un “engaño” en el que somos autores y actores. Pero en el “engaño”, en la ficción creadora, “pensándolo bien, algo debe de haber”. Por eso, es vital que pensemos cuál es el sentido de la ficción construida por Kovaliov en la elaboración de su sueño. ¿Qué quiere decirle el sueño a Kovaliov? ¿Cuál es el verdadero engaño? ¿Cuál es la verdad, ese algo que se oculta en la máscara de la ficción? Para Evdokimov es el anuncio del Anticristo. Nosotros creemos que es más complejo, y que no es la misma la ficción

construida por Kovaliov en su sueño, y la significación que a esta le otorga, que la ficción elaborada por el narrador, Gogol, *que ironiza sobre aquella.* Por este motivo Gogol necesitó *reelaborar el texto y colocarse como narrador en tercera persona, lo que le permite ironizar sobre Kovaliov.* La ironía tiene una relación fundamental con la idea antes destacada: *la construcción del relato a partir de una doble mirada sobre una misma realidad.*

El más complejo error, el que desvía la interpretación de Evdokimov de la dirección a nuestro entender más correcta, está en el párrafo siguiente: “El mal no es entonces una simple ausencia [...], sino una mezcla de ser y no ser”. *El mal es siempre, y por definición, una privación (una palabra que insiste una y otra vez a lo largo del texto de «La Nariz») de un bien debido.* Nunca es un ser. Existe, pero no es una sustancia, sino una privación inserta en un ser, una privación que lo menoscaba en su verdadera posibilidad. En caso contrario, si le atribuímos al mal el ser —entendido éste como sustancialidad y no como simple predicado equivalente a existir— estamos en el marco del maniqueísmo, de la *gnosis*. Esta concepción del mal tiene profundas consecuencias en la interpretación que Evdokimov hace de «La Nariz». También sobre esto volveremos más adelante.

Acierta en cambio Evdokimov cuando define los papeles, los ropajes que toma el mal, aunque los confunda con su esencia. Su esencia, lo dijimos ya, es la privación. Lo que Evdokimov define como su esencia —esto es, su carácter de parásito, impostor e imitador, capaz de parodiar el mundo del Reino—, no es la esencia del mal: sólo las formas que éste toma *al hacer presa de un bien y vulnerarlo mediante la privación del desarrollo que le es debido.* El autor considera que estos tres rasgos (parásito, impostor, imitador) están expresados y encarnados en el relato por la nariz. Cree que el mal toma la nariz como punto de arraigo *parasitario*, pero no explica en qué sentido, en tanto es claro que Kovaliov es un parásito del Estado y de la vida. Sostiene que la

nariz usurpa como una *impostora* la identidad de Kovaliov, pero la nariz jamás dice ser Kovaliov, sino al contrario, se muestra como un ser superior a él en rango, un ser "de otra administración", con el cual Kovaliov no puede tener relación. Lo que es más, la nariz se define a sí misma con la significativa frase bíblica de "yo soy quien soy", en tanto Kovaliov imposita su título de mayor cuando en realidad es un asesor, es decir, un funcionario de rango menor. Afirma por último Evdokimov que la nariz se presenta como *imitador* del Señor en la Catedral. Sin embargo nada hace aparecer su devoción como irónica, en tanto está claro que Kovaliov es un irreverente que imita la devoción —incluso omite la señal de la cruz al entrar al templo—, que se ha burlado ya en otras ocasiones de las ancianas de la entrada, que no reza, y que se distrae de su búsqueda con la seducción de una mujer, al punto de perder nuevamente su nariz. Un hecho muy significativo, este desvío de la voluntad, que se repite luego en el Departamento de Publicidad.

¿Quién es aquí el parásito, el impostor, el imitador? ¿La nariz? ¿Kovaliov? ¿La nariz *tal como la ve Kovaliov*? No olvidemos que, por identificación proyectiva, el soñante suele proyectar en otro personaje del sueño su propia identidad no aceptada. Siendo la nariz, en una de sus posibles significaciones, un símbolo de soberbia e irreverencia, nada cuesta pensar que Kovaliov proyecte inconscientemente en ella, al mismo tiempo que su valoración narcisista, sus aspectos negativos que no puede aceptar. Pero es Kovaliov, *no el narrador*, quien acusa a la nariz *de no estar en su lugar y de no respetar lo sagrado*. Volveremos más adelante sobre este punto.

La ligazón que realiza Evdokimov entre «La Nariz» y el «Diario de un Loco» nos parece irrelevante para comentarla; sólo es útil señalar que identifica lo femenino con lo diabólico y con la luna, estableciendo una forzada asociación entre uno y otro relato, y menciona el valor del número siete, que no analiza, pero que nosotros retomaremos. Consideración aparte de lo anacrónico que resulta asociar femineidad y diablura, no

nos parece que aporte una comprensión más profunda del simbolismo de la nariz, más que por el hecho de resaltar su carácter fálico-masculino, que enseguida habremos de considerar en mayor profundidad.

Al comentar el papel del médico, el teólogo destaca que se trata de una figura que intenta minimizar la privación de la nariz, ya que sostiene que hay que considerarla dentro del orden de las variables posibles, que se puede vivir sin nariz, que no hay que darle tanta importancia a su ausencia, y en última instancia, le ofrece a Kovaliov comprarla. Evdokimov considera entonces a este médico como un personaje trivial que guarda las conveniencias. Sin embargo, al analizar lo que significa la nariz como símbolo espiritual, veremos que se transfigura completamente el sentido de este personaje, el médico, que para mayor claridad, exhibe un perfecta dentadura...un símbolo siempre ligado en Gogol a la figura del Demonio.

La clave del relato está para Evdokimov en el encuentro entre la nariz, devenida Consejero de Estado (quizás una proyección de lo que Kovaliov quisiera ser, pero al mismo tiempo símbolo de alta jerarquía extendible al orden espiritual) y el propio Kovaliov en la Catedral. El sombrero bicorne y las plumas de gallo son interpretados por el autor como símbolos del Diablo, y fiel a su idea de que la nariz es el Anticristo, un impostor, entiende su entrada en la iglesia como una parodia de la entrada de Cristo en el mundo y la iglesia (recordemos que esto sucede un 25 de Marzo, fiesta de la Anunciación). En realidad, sostiene el teólogo, se trata del Anticristo vulnerando el ámbito sagrado. En este sentido, cuando la nariz responde al reclamo posesivo de Kovaliov —quien le dice que ella, *de acuerdo a las reglas del honor*, le pertenece— con la siguiente afirmación: "Está usted equivocado, señor mío. Yo soy yo. Y entre nosotros no puede haber ninguna clase de relaciones estrechas. A juzgar por los botones de su uniforme, usted debe servir en otro Departamento", Evdokimov apresuradamente juzga que esta respuesta tiene el claro sen-

tido de que "lo humano y lo demoníaco pertenecen a administraciones diferentes".

Sin embargo, omite considerar varios detalles: Kovaliov se ha burlado de las ancianas de la entrada en repetidas ocasiones, antes de este día, de modo que nunca fue al templo por devoción; no ha hecho la señal de la cruz, ha entrado en la Catedral sin respeto en un día de fiesta para buscar su nariz, que para él tiene un claro valor trivial y narcisista—tan trivial que la pierde de vista por la seducción de una joven—, no reza en ningún momento, invoca el honor y no el amor, y recibe, él, que está alienado, la respuesta del supremo no alienado: "Yo soy quien soy". Imposible no recordar que esta es la respuesta de Dios a Moisés. Por otra parte; ¿no sería lógico que el Anticristo, al verse buscado, se comporte como el gran seductor? ¿Por qué habría de despreciar a Kovaliov y luego seguir orando *devotamente*? Evdokimov entiende esta devoción como impostada e irónica, porque ese no es el lugar propio de la nariz, un sujeto que "no respeta nada sagrado". Sin embargo, *el sujeto de la enunciación de las dos afirmaciones anteriores, esto es, la que dice que la nariz no está en su lugar propio, y la que afirma que la nariz no tiene respeto por lo sagrado, es el propio Kovaliov*, un hombre trivial que desprecia a las mujeres y a sus pares, *parasita* a la sociedad, *impostada* su título, e *imita* los modos del amor, la devoción y la cortesía sin real sentimiento.

Es necesario, como se ve, que sigamos pensando quién es aquí el Anticristo, y explorando mejor la verdadera significación de este texto-sueño.

Antes de analizar el valor de los principales símbolos del relato, señalemos el carácter ambivalente del símbolo del sombrero (sólo en algunas traducciones bicornes) y las plumas de gallo, que Evdokimov declara como signos del Diablo para fundamentar su interpretación, basándose exclusivamente en cierta iconografía medieval dimanante de antiguos manuales de brujería inquisitoriales. Es cierto que el gallo prefigura el orgullo y la soberbia. También, sin em-

bargo, es un símbolo solar, que representa la salida del sol; es decir, un símbolo de la Anunciación del Ser. Ese Ser que, vestido de esta forma extraña pero profundamente simbólica, se encuentra solo en su templo, rezando, mientras todos, sin rezar, pasean por la avenida Nevski. Una avenida fatua donde sabemos por Gogol, a través de su *nouvelle* del mismo nombre, que "todo respira engaño". En Grecia, además, el gallo se asimila a Zeus, y es también símbolo de Apolo. Prefigura el renacimiento celestial, la resurrección, y la sanación. Aparece también como el guardián de la vida y es símbolo de Cristo en tanto luz y resurrección, así como en Job simboliza la inteligencia venida de Dios.⁶ Todos estos valores simbólicos que rescata Chevalier hacen imposible la interpretación reductiva de Evdokimov. Lo mismo se puede decir del simbolismo del cuerno, e incluso de los objetos bicornes, que representan al diablo en la cultura popular, pero también la eminencia, la elevación, los cuernos de Moisés al revelársele Dios, la majestad, y la evolución astral. Símbolo de potencia viril como la nariz misma, el cuerno puede figurar la arrogancia, pero también el poder creador de Dios, y según Jung, la personalidad integrada, total, la que asume en sí el principio masculino y el femenino.⁷ *Integración que, con toda evidencia, no puede realizar Kovaliov.*

Como se puede apreciar, la hermenéutica del relato como parodia de la venida del Anticristo tiene muchos puntos débiles que conviene reconsiderar, para seguir pensando y para tratar de llegar a una comprensión más integral. Es claro que lo demoníaco está muy presente en la *nouvelle*. La pregunta es: ¿de qué modo, y cuál es el sentido total de este fascinante relato?

Otras interpretaciones de «La Nariz»

Comentamos brevemente dos interpretaciones parcialmente válidas que creemos poder integrar en una más global.⁸

La nariz puede considerarse una personificación de la ambición de Kovaliov, que quisiera ser él mismo Consejero de Estado, personaje

importante en la sociedad, hombre reconocido por su uniforme y sus galas. Esta visión se complementa con la interpretación de la nariz como falo, y por ende sustenta la idea de la desmedida ambición fálica de Kovaliov. Pero el falo no es sólo símbolo de ambición y poder sobre otros: *esta es la mirada con la que lo valora Kovaliov*. El falo es también un símbolo del poder creador. Volveremos sobre esta interpretación más adelante.

Algunos psicoanalistas han considerado la nariz como símbolo del órgano sexual, y su pérdida como símbolo de la castración simbólica de Kovaliov, que no puede enfrentar más que de modo histérico y exhibicionista el mundo de la femineidad. De esto se desprende otra consecuencia: la nariz como sátira de la trivialidad, ya que Kovaliov trivializa tanto el valor como la pérdida de la nariz. *Sin nariz no se puede respirar*, pero a él sólo le interesa como lo verán las mujeres, y cómo se verá él mismo en el espejo —una imagen cuyo carácter narcisista no hace falta comentar.

Una hermenéutica alternativa: el símbolo de la nariz

La nariz, dice Chevalier,⁹ como el ojo, es símbolo de clarividencia. Esto sólo ya debe llamar la atención a *Quién* representa la nariz en este relato. Pero por otro lado, en Japón, se dice que los orgullosos y jactanciosos tienen narices largas y son *tengu*, espíritus diabólicos. Hasta aquí, ambivalencia. No mucho más se puede encontrar en los diccionarios de símbolos. ¿Debemos aceptar esta ambivalencia y jugar con ella?

Es sabido que en la técnica analítica de los sueños muchas ideas están representadas por otras mediante equivalentes simbólicos obtenidos por desplazamientos o condensaciones del símbolo principal. Así, mediante un desplazamiento resultante de ciertas similitudes formales y significativas, la nariz puede ser equivalente simbólico del falo. Al mismo tiempo, la nariz condensa las significaciones del acto de respirar y del aire. Analicemos entonces estos símbolos.

El falo es "símbolo de la potencia generadora, fuente y canal del semen, en cuanto principio activo". En la tradición judía, equivale también al justo, "basamento y lugar de equilibrio entre el cielo y la tierra".¹⁰ Sobre el falo reposa la vida. Seguimos transcribiendo a Chevalier textualmente: "[...] simboliza [...] el lugar y origen de la vida, del calor y de la luz. Es llamado el séptimo miembro del hombre: es centro. [...]. Según el *Sefer Yesira* el falo cumple una función, no solamente generadora, sino equilibrante sobre el plano de las estructuras del hombre y del orden del mundo. De ahí viene que este séptimo miembro, factor de equilibrio en la estructura y en el dinamismo humanos, esté en relación con el *séptimo* día de la creación [el destacado es nuestro], día de reposo, y con el justo, cuyo papel es sostener y equilibrar el mundo. Bajo diversas representaciones, designa la fuerza creadora y se venera como fuente de la vida". Podemos agregar además que en psicoanálisis representa el poder en su doble vertiente: generadora, o bien dominadora y destructiva. Depende de su uso, como también destaca la tradición de la Cábala.

Es claro que, *desde la mirada de Kovaliov*, el falo-nariz es objeto de orgullo y de exhibición narcisista. No sirve para crear, no es fecundante, creador, ni equilibrante. Pero esto no se debe al falo en sí, sino a la degradación que Kovaliov hace de su función específica. Está escindido del falo: éste cobra vida propia en el sueño, y le muestra que, *en cuanto poder creador y sagrado, nada tiene que ver con él*. En la fantasía de Kovaliov, el falo es mayor de lo que es en su propia realidad subjetiva, pero ya no le pertenece. *Corresponden a distintas administraciones*. Una es la Dirección de Seguridad: el equilibrio del mundo. Otra es la Oficina de Publicidad: el orden exhibicionista de la trivialidad. Desde este punto de vista, el falo, que es un símbolo de la divinidad, es degradado en la consideración de Kovaliov (el sueño absurdo, reiteremos, significa injuria y burla), y en este sentido toma carácter diabólico. Pero no en sí mismo.

Asociemos a estas consideraciones el simbo-

lismo de la respiración. Respirar, señala Chevalier,¹¹ "es asimilarse al poder del aire; puesto que el aire es símbolo de lo espiritual, del aliento, respirar consiste en asimilarse a un poder espiritual". La respiración es el aliento de vida, y la búsqueda, el anhelo, de la unión espiritual con el cosmos. La nariz de Kovaliov ha sido reemplazada por una *privación*, por una superficie plana, sin orificios. *Una superficie por la que no se puede respirar*. El relato no lo detalla en ningún momento, y sin embargo está ahí: *Kovaliov no puede respirar, Kovaliov está ya muerto, y sin embargo su nariz le preocupa sólo por una cuestión de honor, de orgullo, y de exhibición, no de vida. A tal punto que dos veces se distrae de su búsqueda por una mujer. La nariz, en sí misma, como órgano de la respiración y la vida, como fuente de la espiritualidad, no es importante para Kovaliov, el hombre trivial, fatuo, el Anticristo por excelencia, el opuesto del "ecce homo"*. Para él la nariz-falo sólo importa como fuente de jactancia y orgullo narcisista.

Exploremos por fin el simbolismo del aire, que ya hemos adelantado.¹² El aire es símbolo de espiritualización. Es el soplo vital, y se identifica con el Verbo. Es un "símbolo sensible de la vida invisible [...] es la vía de comunicación entre el cielo y la tierra". No observamos en toda la *nouvelle* que Kovaliov sufra la falta de aire: él sólo siente la falta de una prominencia que exhibir ante la sociedad, y en especial ante las damas. Pero no como órgano de fecundación, de creación, de generación; sólo como elemento de exhibición y hasta se diría, de desprecio, a juzgar por sus últimas palabras de burla respecto a la posibilidad de un casamiento, pronunciadas una vez que ya ha recuperado la nariz como falo narcisista, pero sin entender lo que el sueño quería comunicarle.

Con estas consideraciones tenemos ya bastantes elementos para trazar una nueva interpretación de la *nouvelle* «La Nariz»: sólo resta considerar el símbolo de la privación, de la falta, y su relación con la teología del mal.

La teología del mal como privación en el análisis de «La Nariz»

Ante la realidad ineludible del mal en el mundo, se abren dos posibilidades: o bien Dios es el creador de todo, incluso del mal, y entonces no es la bondad suprema, o el mal existe desde el inicio junto a la Divinidad, sin que ésta sea responsable, y entonces Dios no es absoluto ni es Señor de todo el Universo.

Frente a este dilema, que la *gnosis* y el neoplatonismo resuelven del segundo modo, la respuesta de la teología católica, desde los padres griegos (Orígenes, Metodios, Atanasio, Basilio, Gregorio de Nisa) y latinos (Ambrosio, Agustín) hasta Santo Tomás, se formula del siguiente modo: *el mal es la privación de un bien debido*.¹³ No se trata de una simple ausencia, ni de una privación en sí misma, sino de *la privación de un bien debido a ese ser*. La finitud, por ejemplo (el "mal metafísico" de Leibniz) no es para el hombre un mal. Sí lo es, en cambio, la falta de amor. En su *Gran Discurso Catequístico*, San Gregorio de Nisa retoma la enseñanza de San Basilio: "No vayas a suponer que Dios es causa de la existencia del mal, ni a imaginarte que el mal tiene una sustancia propia, *hypóstasis*. La perversidad no subsiste como si fuera algo vivo; no podrá ponerse nunca ante los ojos su sustancia, *ousía*, como existiendo verdaderamente: *porque el mal es la privación (stéresis) del bien*."

Esta definición, dice Journet, permite "dejar al mal un lugar inmenso, reconocerle en toda la extensión de su dominio. Pero al mismo tiempo pone al desnudo su miseria ontológica". El dolor y la tristeza son males en un plano, en cuanto privación del descanso y la alegría, pero por otra parte, pueden ser un bien, en tanto *el sufrimiento puede constituir una vía para comprender que existe una privación. Esta es la oportunidad que recibe Kovaliov en la angustia del sueño, y que no sabe interpretar. El sueño le ha mostrado su escisión interior con respecto al poder generador y espiritual de la vida, un poder que se encuentra separado de él, que sabe quién es, y que no puede tener con Kovaliov "ninguna clase de*

relaciones estrechas" en tanto el acercamiento sea desde el orgullo, la jactancia, la exhibición, el honor y la posesión.

El deseo de Kovaliov se dirige a un bien que está privado de su verdadera plenitud a causa de la actitud, de la mirada, de la irreverencia con la que el "mayor" se acerca a ese bien, degradando su valor. En ese acto el deseo se pervierte, pero no el objeto en sí. El mal, el Anticristo, es la privación simbolizada en el sueño, que ya ha hecho presa en Kovaliov, y a la que éste responde sin comprensión, dado la perversión de su deseo resultante de la ceguera respecto de la verdadera privación. *El Anticristo no es la nariz, que constituye en realidad el bien del que Kovaliov está privado, escindido, y al que no sabe bien cómo y con qué actitud acceder.*

"¿Cómo entablar conversación con él?", se pregunta Kovaliov en la Catedral. Y al hacerlo desde el derecho de honor, desde la petulancia y la irreverencia de interrumpir la oración, se encuentra con el rechazo de la nariz. *Son Kovaliov y Dios quienes "pertenecen a distintas Administraciones".* El Anticristo es la privación instalada en el alma de este hombre trivial, parásito, impostor e imitador por excelencia: este jactancioso, narcisista y pseudodevoto "mayor" Kovaliov, y el mundo al que él pertenece: el mundo que pasea por la avenida Nevski mientras el Sumo Bien reza solo, y opta por irse a Riga, por alejarse de una San Petersburgo extraviada por el engaño del ángel supremo, la Envidia Suprema, Lucifer.

Que el mal sea una privación *no significa que sea una pura inexistencia.* Existe como predicado de un ser que sufre privación, pero no como sustancia. *Y tampoco es impotente:* su fuerza radica justamente en la naturaleza, buena en sí misma, del ser que pervierte. Dicha naturaleza que se conserva actuante, pero al estar desvirtuada en su fin o su realización plena —ya sea por omisión, cohartación, sofocación, o desviación— se torna transmisora del mal mediante la acción o la omisión. El mal existe en el bien, *pero no como una mezcla de ser y no ser, sino como un*

no-ser que priva al ser de su plenitud debida. Por lo tanto, el mal no obra por sí mismo: obtiene su capacidad de acción de la actividad del bien al que destruye. Y si decimos que el mal *es*, lo hacemos sólo en el sentido de la verdad de un enunciado, no en el sentido de postulación de su realidad sustancial. El nudo de la cuestión, según Journet, es el hecho de que hay que atribuir al mal "la existencialidad y la inconsistencia al mismo tiempo".

Es por eso que la profundidad del mal no se puede nunca comprender si no se entiende la plenitud del bien debido. El máximo conocimiento del mal corre paralelo al del bien, que permite descubrir, sentir, conocer y sufrir su privación. Lo dice Hölderlin con bellas palabras en *Pan y vino*: "Pero así es el hombre; cuando la dicha está a su alcance / y un Dios en persona se la trae, no lo reconoce. / Pero desde que sufre, entonces sabe expresar lo que quiere / Y entonces las palabras justas se abren como flores".¹⁴ No asumiré Kovaliov, sin embargo, ese sufrimiento, ese dolor redentor, que le permitiría comprender aquello de lo que ha sido privado en la simbólica del sueño. Simplemente, al despertarse, al séptimo día, irreverente con la Creación, hará de su nariz-falo-espiritualidad la misma impostación que hasta ese momento había hecho. *No hay evolución del personaje en la nouvelle: la carta del sueño no ha sido abierta.*

La clave entonces es ésta: la doble mirada que se posa sobre los símbolos. Por un lado la del narrador, que nos muestra ante los ojos a Aquél que Es en la figura de la nariz. Por otro la del hombre trivial, su personaje, Kovaliov, que nada entiende de lo que ve. *En esto radica la profunda ironía del texto: en la trasmutación de los valores simbólicos por obra de la mirada del Anticristo.*

Señalamientos para una relectura de «La nariz»

Creemos haber presentado elementos suficientes para una interpretación del texto muy distinta de la planteada por el Profesor Evdokimov. El elemento demoníaco existe y está notoria-

mente marcado en el texto, pero la ironía gogoliana ha sabido ocultarlo de tal modo que *logra estéticamente el efecto que lo diabólico obtiene ontológicamente*: engañar, ocultar su verdadera naturaleza, desplazar hacia otras figuras su realidad; en suma, *generar la perplejidad suficiente para que el discernimiento quede afectado de modo tal de no poder reconocer en qué radica el mal, cual es su verdadero rostro*.

Antes de resumir nuestras conclusiones, señalaremos algunos pasajes del texto, complementarios a los ya mencionados, para mostrar cómo el sistema de interpretación que hemos elegido, y su base ideológica, permiten dar cuenta de muchos elementos que la hipótesis de la nariz como Anticristo no puede explicar, o que explica en un sentido que se contradice con otros fragmentos del texto. Más claramente, debemos decir que la idea del Anticristo sí está expresada en el texto, y es una correcta vía de interpretación, pero no en el modo planteado por Evdokimov, sino de una manera mucho más sutil, velada, "muda" y engañosa, como es el mismo mal: una privación que se instala en un bien y es difícil de observar si no se sabe *cuál es el bien debido*.

Es claro aquí que Kovaliov es un ser privado de las cualidades esenciales del ser humano pleno e integrado. Es allí donde radica el mal, y *es esta mirada falante del hombre trivial la que resignifica el símbolo de la nariz, en sí mismo potencialmente imagen de lo sagrado en el hombre, transformándolo en diabólico*. Lo hace al pretender acceder mediante la violencia, la publicidad, la autoridad y el honor a aquello que sólo puede ser asumido a partir del reconocimiento pleno de la privación y la falta, esto es, *a partir del reconocimiento pleno del sufrimiento de no ser lo que se debería ser*.

Veamos entonces algunos pasajes especialmente significativos para completar nuestro comentario y reafirmar la validez de nuestra hipótesis. Dejaremos sin embargo también muchos sin comentar, para permitir el placer del acercamiento interpretativo al texto por parte del lector a partir de las coordenadas brindadas, de modo

de no privarlo del placer que supone la experiencia hermenéutica propia.

El 25 de Marzo aconteció en Petersburgo un suceso rarísimo. El barbero Iván Yákovlevich, vecino de la Avenida Voznesenski (su apellido se ha extraviado, y ni siquiera figura en el rótulo de su peluquería, donde se ve a un señor con la cara enjabonada y un letrero que reza: "También hacemos sangrías") [...]

Sabemos por el final del relato que Kovaliov teme que el barbero dañe su nariz en el proceso de afeitarlo. Es posible que este sea el suceso diurno que motiva el sueño, lo que Freud llama el *traumerreger* el estímulo del sueño, claramente relacionado aquí al miedo a la castración. Se asocia con ello el carácter judío del barbero Yákovlevich, con la consiguiente ligazón a la imagen de la circuncisión, acompañada además de la idea de sangría. Es claro que Kovaliov teme una castración, una privación *que en realidad ya ha tenido efecto*. Esto es justamente lo que el sueño intenta mostrarle. Hemos comentado la importancia de la fecha, pero no le atribuimos, como Evdokimov, carácter irónico: en realidad se produce en Kovaliov una Anunciación en el sueño, pero su carácter fatuo le impide reconocerla.

Iván Yákovlevich, por mero decoro, se puso el frac encima del camisón de dormir y, sentándose a la mesa, aprestó sal y dos cabezas de cebolla, empuñó el cuchillo y empezó a cortar el pan con aire de solemnidad. Partido que lo hubo en dos mitades, miró al centro de una, y, para estupefacción suya, vio entre la miga una cosa blanquecina. Iván Yákovlevich la hurgó cautelosamente con el cuchillo y la palpó con el dedo. "Pues está duro —dijo para sí—. ¿Qué podrá ser esto?"

Metió los dedos, y sacó... ¡una nariz!... [...]

El detalle de las cebollas en esta primera parte del sueño de Kovaliov tiene directa relación con sus temores cada vez que el barbero maltrata su nariz al afeitarlo (que parece que se la va a arrancar), y lo hace "con manos apestosas" a cebolla, hecho que se señala dos veces en el texto.

Este detalle, más la imagen del cuchillo, señala el temor de castración, pero el sueño también indica, aunque bajo el ropaje del ridículo, el carácter sagrado de la nariz: aparece al partir el pan solemnemente, como si fuera una hostia; es decir, aún en manos de un irreverente (el Super Yo de Kovaliov, figurado en el barbero), la nariz es sagrada. El ridículo o parodia de la misa no cumple la función de anunciar el Anticristo; antes bien, revela la idea de burla o injuria del soñador. Si éste es un sueño de Kovaliov, representa la burla del "mayor" hacia lo sagrado.

El digno ciudadano había llegado ya al Puente Isákievski. De primera intención, escrutó los alrededores; luego se repechó sobre el pretil como quien mira debajo del puente para cerciorarse de si pasan muchos peces, y tiró a hurtadillas el trapo con la nariz. Sintió al instante el alivio de quien se descarga diez puds y hasta dejó escapar una sonrisa.

Si entendemos con Freud que en un sueño todos los personajes son diferentes caras del mismo yo, es claro que la figura del barbero representa el aspecto persecutorio, superyoico, escindido del propio Kovaliov, y en este sentido, el arrojar la nariz *figura el alivio de no tener que cargar con la culpa ni tratar de comprender qué puede significar esto tan absurdo. La culpa ayuda a pensar, pero este camino difícil no es uno que Kovaliov pueda recorrer*. Por otra parte, no debemos olvidar que son muchos los héroes míticos o salvadores religiosos, incluyendo al propio Moisés, que han sido arrojados a las aguas (figura del inconsciente) cuando nacieron (Anunciación), desde donde deberán ser rescatados para cumplir su misión. Sin embargo, cuando la nariz de Kovaliov sea rescatada, éste no podrá entender el significado de la pesadilla como anuncio de su posible salvación. La pesadilla le muestra la castración efectivizada, y la redención que se produciría *si él fuera capaz de establecer relaciones correctas con el aspecto creador y espiritual escindido de sí mismo*, al cual tiene pseudo-integrado, sólo como objeto de satisfacción y exhibición narcisista.

La descripción posterior de Kovaliov nos lo muestra claramente como impostor, fatuo y parásito social, además de narcisista: la repetición del gesto de mirarse al espejo es suficientemente clara para requerir comentarios. Llama la atención, también, que la superficie dejada por la nariz es lisa. Lo dijimos antes: no hay orificios para respirar, pero a Kovaliov solo le importa la falta de la prominencia que exhibir. A continuación se nos narra el primer encuentro de Kovaliov con su nariz, y estas aseveraciones significativas:

Ante un fenómeno tan sobrenatural, todo pareció trastrocarse para él [...]. El pobre Kovaliov por poco pierde el juicio. Tan extraño era el suceso, que no sabía cómo entenderlo.

Lo sobrenatural aquí no es lo diabólico: es una Epifanía, una revelación que está más allá de toda posible comprensión por un hombre fatuo como Kovaliov, cuyo ámbito natural es la Avenida Nevski. Es por eso que le dice a su nariz que *ese no es su lugar*. No porque sea el Anticristo, sino porque el lugar que Kovaliov le ha dado a su espiritualidad no es el de lo sagrado: es el de la Avenida Nevski, "donde todo respira engaño".

Ya hemos comentado y analizado el significado del diálogo del personaje con la nariz en la catedral, que reza devotamente y que no es apartada de lo sagrado por un inoportuno como Kovaliov. Esta situación incomprensible desconcierta a Kovaliov, es decir, lo arroja en la encrucijada. Y él se distrae de su verdadera búsqueda.

Kovaliov quedó completamente desconcertado, irresoluto en el hacer y en el pensar. En esto se oyó el susurro seductor que producen las vestiduras femeninas: se había acercado una señora de cierta edad, toda engalanada de encajes; y, con ella otra dama esbeltísima, ataviada con un vestido blanco, que contorneaba divinamente su armonioso talle, y tocada con un sombrero pajizo, vaporoso como un meregue. A sus espaldas se situó y abrió la caja del rapé un alto lacayo de abultadas patillas, que llevaba una docena entera de cuellos superpuestos.

Kovaliov se aproximó, puso al descubierto el cue-

llo de batista del camisolín, reacomodó los dijes suspendidos de las cadenillas de oro y, sonriendo a ambos lados, concentró su atención en la vaporosa dama que, como una florecilla primaveral, hacía ligeras reverencias, llevándose a la frente una mano nacarada, de dedos casi transparentes. La sonrisa de Kovaliov se dilató mucho más cuando vio bajo el sombrero la redonda barbilla de resplandeciente blancura y parte de una mejilla matizada por el color de la más temprana rosa de primavera. Pero, de repente, salió despedido hacia atrás como si hubiera puesto la mano en un hierro ardiendo. Cayó en la cuenta de que estaba desnarigado en absoluto, y las lágrimas asomaron a sus ojos. Dio la vuelta, con objeto de declarar lisa y llanamente al caballero de uniforme que no le engañaba su disfraz de Consejero de Estado, que era un vil farsante y que no era ni más ni menos que su nariz... Pero la nariz se había esfumado: de fijo que iba a visitar a alguien más.

La imagen de la encrucijada, con su fuerte simbolismo de pacto con el demonio, vuelve a aparecer cuando Kovaliov sale de la iglesia e indica al cochero:

—¡Todo seguido!

—¿Cómo seguido? Ahí mismo tenemos un cruce: ¿a la derecha o a la izquierda?

La pregunta dejó cortado a Kovaliov, obligándolo a meditar. Lo procedente, en su situación, era apelar, ante todo, a la Dirección de Seguridad; no por la relación directa que guardaba con la policía, sino porque de ella podían esperarse disposiciones mucho más rápidas que las de cualquier otra instancia; pedir justicia a las autoridades de la dependencia a que dijo pertenecer la nariz no era obrar con juicio, pues por las propias respuestas de la nariz resultaba evidente que para aquel sujeto no había nada sagrado y que era capaz de volver a mentir como mintió al afirmar que nunca se había visto con él. Así pues, Kovaliov se disponía ya a dar orden de tirar para la Dirección de Seguridad, cuando volvió a asaltarle la idea de que aquel bribón embustero, que ya en la primera entrevista había observado una conducta tan indecorosa, podría muy bien aprovechar el tiempo para escabullirse de la ciudad, con lo cual todas las pesquisas serían vanas, durarían, ¡Dios nos libre!, un mes entero. Por fin, fue como si el propio cielo hu-

biera acudido a darle luces: Kovaliov decidió dirigirse, sin más rodeos, a la Oficina de Publicidad e insertar un anuncio [...]

Ante la encrucijada de su vida, Kovaliov equivoca el rumbo. En lugar de dirigirse al que Es, de quien se puede esperar la seguridad, opta por el camino del exhibicionismo: de hecho, *espera publicar un anuncio, es decir, que otro haga la búsqueda por él*. Reiteramos que la supuesta falta de respeto de la nariz a lo sagrado no la señala el texto, sino que *es un juicio de Kovaliov*. Y así como refutamos la interpretación unilateral del sombrero bicorne y de las plumas de gallo, decimos también que la ocultación del rostro de Dios es un símbolo bíblico y hasta helénico: no se puede ver a Dios sin morir. Ocultar el rostro no significa necesariamente, como piensa Evdokimov, la ocultación diabólica. Además, la ocultación se emparenta con otro símbolo: el del ángel o enviado sagrado que recorre las calles oculto en su propio día de fiesta, mientras el mundo ignora su venida, como ignoró la *de Aquel que es la luz del mundo, pero los suyos no lo reconocieron*. Remitimos nuevamente a la cita de Holderlin: Kovaliov, en la encrucijada, elige el camino más fácil, el de no sufrir; un camino donde su nariz tiene el mismo carácter fatuo que el caniche de una señora buscado en la Oficina de Publicidad. Y cree que eso es lo que le pide el cielo: un ejemplo sutil del peligro de arrogarse la interpretación de los mandatos divinos sin una vida espiritual profunda.

Por si eso fuera poco, en el acto mismo de suplicar un aviso, Kovaliov vuelve a distraerse con la figura femenina, no como objeto de amor activo, sino de seducción. No aceptamos la diabolización de lo femenino que propone Evdokimov: creemos que una vez más es la mirada de Kovaliov la que rebaja la sacralidad femenina, y esto es parte de su escisión. No puede reunirse y completarse con el *anima*, y de hecho, al recuperar su nariz, que supuestamente quería para poder acercarse a una mujer, vuelve a renegar del matrimonio y a contentarse con la satisfac-

ción onánico-narcisista. Esta distracción por el mundo, que lo desvía de la búsqueda espiritual, es una constante absoluta de la conducta de Kovaliov, pero no por el mundo, bueno en sí, sino por el valor que Kovaliov le da.

La ocultación del rostro no es necesariamente, como dijimos, un signo de lo diabólico. Sí en cambio lo es la ocultación de la privación, de la falta, para poder engañar o engañarse acerca del fundamento del pecado: Kovaliov la esconde todo el tiempo con un pañuelo. También lo es la ocultación del nombre. Recordemos en este sentido parte del diálogo de Kovaliov con el dependiente del Departamento de Publicidad:

-¿Cómo se llama usted?

-No, ¿a santo de qué mi nombre? No tengo por qué decirlo.

Es importante señalar también que Kovaliov no asume responsabilidad alguna por la pérdida: en un clásico mecanismo de defensa, culpa a otros de su propia falta. Y es muy interesante lo que sucede cuando la nariz es recuperada: no es suficiente que la encuentre, debe ser integrada, cosa que Kovaliov, nuevamente, intenta hacer a la fuerza y recurriendo a insultos cuando no logra su propósito. Así nos dice Gogol que a la alegría inicial por la recuperación sucede que:

[...] nada hay eterno en este mundo; y, por eso, la alegría del primer minuto no es ya tan viva en el segundo; en el tercero torna a menguar, hasta que, por último, se funde inadvertidamente con el estado habitual del alma, igual que el círculo originado por la piedra al caer en el agua termina fundiéndose con la superficie plana. Kovaliov comenzó a meditar, y sacó en claro que aún quedaba por coronar el asunto: la nariz había sido hallada, pero había que pegarla y ponerla en su sitio.

-¿Y si no agarra?

Al hacerse tal pregunta, livideció el mayor.

Poseído de una desazón indescriptible, se abalanzó a la mesa y arrojó el espejo, no fuera a ladearse la nariz al pegarla. Tiritonas las manos, se la aplicó a su lugar, poniendo sumo cuidado y atención. ¡Horror! ¡La nariz no se sostenía! ... Llévose la entonces

a la boca, la entibió con el aliento y volvió a colocarla en la planicie que se extendía entre los carrillos. Pero, ¡que si quieres!, la nariz tornó a desprenderse.

-¡Venga, venga! ¡Pégate, idiota! - la acuciaba él.

Ante esta nueva dificultad Kovaliov -quien vuelve a tomar el camino equivocado en la encrucijada- recurre al médico, que vive en el entresuelo, come manzanas, pule sus dientes con cinco cepillos distintos, minimiza la pérdida, tiene una voz magnética, sugiere que se puede vivir sin nariz, le asegura que ponerla será para peor, le recomienda colocarla en un frasco con alcohol, vodka y vinagre, y finalmente intenta comprársela. Aquí tenemos a la verdadera figura del Diablo, el gran minimizador de la pérdida del alma, el seductor magnético, el que es capaz de comprar el alma de los hombres y dejarlos sometidos a la privación, sin culpas y sin reconocimiento de la falta. El alcohol, recordemos, es símbolo del incendio súbito, de la conversión del agua en llamas, y también de la embriaguez y el olvido; el vinagre lo es de la amargura y de la burla a Cristo en la Cruz.

El final es de una ironía perfecta: el séptimo día, el día de Dios, Kovaliov recupera su nariz. Pero sin preguntarse la causa de la pérdida, se dedica meramente a comprobar su recuperación en la mirada de los otros. Nada comprende de la falta básica que el sueño le había mostrado. Con la nariz recupera su jactancia, su desprecio de la mujer, su exhibicionismo, y su trivialidad.

Es ahora, al final, que el narrador retoma la voz propia y nos dice que no entiende nada de esto, y en especial cómo pudo creer Kovaliov en ese modo de recuperar su nariz, a través de la Oficina de Publicidad. Es obvio que el autor juega nuevamente al engaño, y haciéndonos dudar de lo verosímil del relato, esta intentando paradójicamente que nos esforcemos por entender que esto ocurre todo el tiempo y en nosotros mismos. Pero con suprema ironía, Gogol nos distancia de la terrible frecuencia de esta realidad.

Dígame lo que se diga, casos como éste ocurren en el mundo. Rara vez, pero ocurren.

Conclusiones

Mediante estas reflexiones creemos haber mostrado claramente que basándonos en los métodos del análisis onírico, y en una aproximación hermenéutica sostenida por el estudio del simbolismo y por la concepción teológica católica del mal, podemos realizar una interpretación de «La Nariz» que enriquece la captación de su profundidad significativa. Dicha interpretación supone analizar detenidamente los desplazamientos de sentido que genera un texto marcado por la ironía y la parodia, desplazamientos que hacen difícil comprender algunos de los matices de su contenido.

De esta manera, aún en desacuerdo con Evdokimov, hemos mostrado que el mal es en realidad el tema de «La Nariz», como lo es de casi todas las *nouvelles* de Gogol, aunque como el mismo Demonio, se presente con ropajes diferentes. En el caso que nos ocupa, el disfraz es de tal naturaleza, y la ironía tan subversiva, que hace más difícil su comprensión. Tal como sucede, de hecho, con los sueños absurdos en la interpretación onírica.

Solemos tener ante esos sueños una actitud de repudio, o de indiferencia, y es por eso que la mayor parte de las veces quedan para siempre como sobres cerrados. Pero Gogol no pretendía que quedaran de ese modo: sabemos que era su deseo *convertir* a través de la literatura; advertir a todos los hombres sobre los ardidés de lo diabólico. Sin embargo, consideraba que su obra no era comprendida en este alcance significativo, y que no lograba lo que él se proponía. Lamentablemente, la influencia del propio Maligno disfrazado de monje lo afirmó en esta errónea idea, y en sus últimos días acabó con su paz espiritual.

Por eso nos parece que es un homenaje digno, fruto de un profundo amor por su obra, tratar de interpretarla en toda su riqueza significativa para mostrar que, a pesar de que muchos no la hayan comprendido entonces o ahora, Nicolai Gogol logró, con creces y con inmensa belleza estética, enseñarnos algo sobre la presencia del mal en el mundo y en nosotros mismos.

NOTAS

- ¹ Evdokimov, Paul, *Gogol et Dostoievsky*, París, Desclée de Brouwer, 1984, pág. 77.
- ² Novalis, *Los Fragmentos*, seguido de *Los discípulos en Sais*, Buenos Aires, El Ateneo, 1948, pág. 15.
- ³ Gadamer, Hans-Georg, *Los caminos de Heidegger*, Barcelona, Herder, 2002, pág. 67.
- ⁴ Freud, Sigmund, *Los textos fundamentales del psicoanálisis*, Buenos Aires, Altaya, 1993, pág. 143.
- ⁵ Evdokimov, Paul, *Gogol et Dostoievsky*, París, Desclée de Brouwer, 1984, págs. 77-85.
- ⁶ Chevalier, Jean, y Gheerbrant, Alain, *Diccionario de los símbolos*, Barcelona, Herder, 1986, págs. 520-522.
- ⁷ *Ibidem* págs. 388-390.
- ⁸ Valton, Paul, /www.acreunion.fr/pedagogie/lyvergerp/TL/Valton/La_symbolique_du_nez.htm
- ⁹ Chevalier, Jean, y Gheerbrant, Alain, *Op. cit.*, págs. 743-744.
- ¹⁰ *Ibidem*, pág. 494.
- ¹¹ *Ibidem*, págs. 878-879.
- ¹² *Ibidem*, págs. 66-67.
- ¹³ Jurnet, Charles, *El mal. Estudio teológico*, Madrid, Ediciones Rialp, 1965, págs. 16-44
- ¹⁴ Hölderlin, Friedrich, *Poesía completa*, Barcelona, Ediciones 29, 1977, pág. 319.

BIBLIOGRAFÍA

- CHEVALIER, Jean y GHEERBRANT, ALAIN, *Diccionario de los símbolos*, Barcelona, Herder, 1986.
- EVDOKIMOV, Paul, *Gogol et Dostoievsky*, París, Desclée de Brouwer, 1984.
- FREUD, Sigmund, *Los textos fundamentales del psicoanálisis*, Buenos Aires, Altaya, 1993.
- FROMM, Erich, *El lenguaje olvidado*, Buenos Aires, Hachette, 1972.
- GADAMER, Hans-Georg, *Los caminos de Heidegger*, Barcelona, Herder, 2002.
- GOGOL, Nicolai, *Taras Bulba - Novelas de Petersburgo*, Moscú, Progreso, 1979
- HÖLDERLIN, Friedrich, *Poesía completa*, Barcelona, Ediciones 29, 1977.
- JURNET, Charles, *El mal. Estudio teológico*, Madrid, Ediciones, Rialp, 1965.
- NOVALIS, *Los Fragmentos, seguidos de Los discípulos en Sais*, Buenos Aires, El Ateneo, 1948.
- RILKE, Rainer M., *Elegías de Duino*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1991.
- VALTON, Paul, /www.acreunion.fr/pedagogie/lyvergerp/TL/Valton/La_symbolique_du_nez.htm

Marcelo Herrera es alumno de la USAL. Cursa 4to año de la carrera de Letras.